

**La casa, su imagen y su luz en la poesía  
de Eugenio Montejo.  
Una interpretación bachelardiana**

**The imagen of the house and its light in the poetry  
of Eugenio Montejo.  
A Bachelard interpretation**

**Resumen**

En el presente artículo se realiza un análisis interpretativo de la imagen y símbolo de la casa en la poesía de Eugenio Montejo, apoyados en *La poética del espacio* del filósofo francés Gastón Bachelard, de quien tomamos su estudio fenomenológico sobre la elevación de la imagen de la casa a través del ensueño y la imaginación.

**Palabras clave:** casa, imagen, símbolo, Montejo, Bachelard

**Abstract**

In the present article, we make an interpretative analysis of the image and symbol of the house in the poetry of Eugenio Montejo, supported with *La poética del espacio* of french philosopher Gastón Bachelard, from who we take the phenomenological study on the elevation of the image of the house through the daydream and the imagination.

**Key words:** House, image, symbol, Montejo, Bachelard

*Y yo digo: cuando alguien se va, alguien queda.  
El punto por donde pasó un hombre,  
ya no está solo. Únicamente está solo, de soledad  
humana, el lugar por donde ningún  
hombre ha pasado.*

*Las casas nuevas están más muertas que las viejas,  
porque sus muros son de piedra o acero,  
pero no de hombres.*

César Vallejo

## Introducción a *La poética del espacio*

La casa, pero no la casa sola, no su estructura, ni su figura, ni el color del que está pintada, no, sino la casa como símbolo, como choza, refugio, desde su sótano, hasta su guardilla, es decir; desde lo más profundo hasta lo más alto; siempre ascendiendo en línea vertical cuando se le recuerda, cuando se le sueña en los límites de la conciencia, en ese fenómeno que se produce en la conciencia llamado fenomenología, pero fenomenología del ser.

Así, como la casa, no la casa en sí, sino su simbología, lo que representa su imagen en el consciente y en el ensueño, y por supuesto en el mundo, el cajón, los cofres, los armarios y los rincones de la casa, son analizados por el filósofo francés Gastón Bachelard en *La poética del espacio* (1965).

Cada una de estas categorías son explicadas desde su fenomenología de la conciencia y del ensueño, desde su realidad hasta su imaginación máxima, su pequeñez e inmensidad, la simpleza y el recuerdo más complejo y completo, puesto que cada uno simboliza y representa no solo un lugar único e inolvidable, sino un

tiempo y un espacio universales, cósmico, que trasciende y rompe con los tiempos pasado y presente, para ser éste en que se está siendo, soñando e idealizando.

Bachelard hace un análisis de la miniatura, de la inmensidad íntima de la dialéctica de lo de dentro y de lo de fuera, y de la fenomenología de lo redondo. "Bachelard, empleando el método fenomenológico, trata de evocar; mejor dicho, 'poner de frente' los valores de este espacio interior" (Rodríguez Fernández, 1971). Para todo esto el filósofo se apoya en textos poéticos y prosísticos.

Así pues, en su introducción a *La poética del espacio*, la cual dedica, en general, al estudio de lo que hace el poeta y la imagen poética, para posteriormente proyectarse a los demás apartados del libro, dice Bachelard que la imagen no está sometida a un impulso, ya que: "no es el eco de un pasado... En su novedad, en su actividad, la imagen poética tiene un ser propio, un dinamismo propio. Procede de una ontología directa" (Bachelard, 2000a, p. 7).

Es ese ser propio de la imagen poética y su dinamismo, lo que precisamente provoca la fenomenología de la imaginación, puesto que al ser de uno es de todos, siempre y cuando esa imagen se apropie y represente universalmente una concentración de todo el *psiquismo*. Por ello; Bachelard se pregunta

¿Cómo, ese acontecimiento singular y efímero que es la aparición de una imagen poética singular, puede ejercer acción –sin preparación alguna– sobre otras almas, en otros corazones, y eso, pese a todas las barreras del sentido común...? (Bachelard, 2000a, p. 9).

Sí, ¿cómo es que todos nos identificamos con ese espacio del que nos habla, ¿cómo es que esa casa, ese rincón sea el de todos?, ¿cómo logra esto el escritor?, ¿con qué magia lo hace y qué lo provoca?, será porque... ¿el poeta, en la novedad de sus imágenes es siempre origen del lenguaje... porque la imagen es antes que el pensamiento, es decir, ya estaba ahí, y por ello: “habría que decir, que la poesía es, más que una fenomenología del espíritu, una fenomenología del alma”? (Bachelard, 2000a, p. 10).

Y “es que en los poemas se manifiestan fuerzas que no pasan por los circuitos del saber” (Bachelard, 2000a, p. 11), es decir; fuerzas creadoras que no requieren de conocimientos anteriores, porque las imágenes surgen desde lo más dentro del ser, no sólo de su alma y de su espíritu, sino de una *psique* ya predeterminada, que establece, que ejecuta y aterriza la imagen soñada. Pierre-Jean Jouve dice que: “la poesía es un alma inaugurando una forma”<sup>1</sup> y yo agregaría que la forma se logra porque en ella está el alma.

Así, de la imagen que se produce y se descubre en el poema, Bachelard aterriza en el verso, baja a los sótanos del verso para explicarlo y decirnos lo que se logra con uno de esos. De esta manera, afirma que un gran verso puede tener una gran influencia sobre el alma de una lengua. “Despierta imágenes borradas” y por supuesto que, revive otras; todo esto siempre en el movimiento del verso, pues ahí cae la imagen y “arrastra la imaginación como si ésta creara una fibra

nerviosa”. Entonces, “la imagen está allí, la palabra habla, la palabra del poeta le habla” (Bachelard, 2000a, p. 17).

De esta forma, una vez aclarado el logro de la imagen, no de la imaginación, y de sus versos que llevan en sí la imagen que se produce en su ritmo, Bachelard afirma que es así y en estas imágenes, como se presentan esos espacios, que son aquellos que: “aspiran a determinar el valor humano de los espacios de posesión, de los espacios defendidos contra fuerzas adversas, de los espacios amados” (Bachelard, 2000a, p. 22); que son los espacios soñados, que son los espacios que se desprenden de todo lugar y tiempo, que son los espacios cósmicos.

## La casa

Con esta breve introducción de *La poética del espacio*, Bachelard se desprende, o mejor dicho, se desplaza hacia la imagen de la casa, de esa imagen que todos llevamos dentro y que todos alguna vez siempre recordamos, y que al recordar revivimos, porque no solo la recordamos, sino que nos vamos hacia ella con todo su ser de casa y con todo nuestro ser de entes en la tierra, con todo lo que implica para nuestro psicoanálisis y con todo lo que produce en la conciencia el eterno retorno de esa imagen.

Por ello que el poeta no sea aquel que inventa cosas, sino aquel que descubre las cosas que ya estaban ahí y que las eleva a su dimensión cósmica. Por tal razón, Bachelard, antes de adentrarse al estudio de la imagen de la casa, recurre a la *topofilia*, que no es otra cosa que todo lo que está relacionado con las conexiones emocionales entre el entorno físico y los seres humanos.

<sup>1</sup> En Mora, Pablo. [1998]. Disponible en <https://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero10/poesiasa2.html>

Dice Bachelard que estos espacios son el *espacio feliz* (que también pueden ser del trauma, pero él sólo piensa en la ensoñación).

Es este espacio llamado casa y este análisis bachelardiano el que nos resulta útil para interpretar las imágenes de la casa en la obra de uno de los poetas contemporáneos de mayor reconocimiento en Venezuela, Eugenio Montejo.

## Quién es Eugenio Montejo

Poeta venezolano (1938-2008), *rara avis*<sup>2</sup> de la poesía hispanoamericana, pertenece a esa camada de finos poetas que le han dado a Venezuela una identidad poética, como Rafael Cadenas, José Antonio Ramos, Vicente Gerbasi, Juan Sánchez y Guillermo Sucre.

La poesía de Montejo es metálica, transparente, pulcra y sonora, en la que se identifican figuras recurrentes (llamadas así por el crítico literario Américo Ferrari<sup>3</sup>) que estructuran y dan significado a su escritura; figuras recurrentes o imágenes núcleo como caballo, tierra, agua, pájaro, piedra y casa, alrededor de las cuales el bardo venezolano edifica su mundo poético de la *Terredad*.<sup>4</sup>

De esta manera y de acuerdo con Américo Ferrari, todo texto contiene núcleos de significado, constituidos por figuras recurrentes. El campo semántico de dichas figuras conforma una intencionalidad de sentido, que, en el caso de Eugenio Montejo, podría representarse en el vocablo de *Terredad* y en el cual, la imagen de la casa simboliza, al igual que las otras imágenes que se repiten, la permanencia.<sup>5</sup>

La imagen de la casa aparece desde su primer libro *Élegos* (1967), pasando de manera horizontal por *Muerte y memoria* (1972), *Algunas palabras* (1976), *Terredad* (1978), *Trópicoabsoluto* (1982), *Alfabeto del mundo* (1986), hasta el último, *Papiros Amorosos* (2002).

Es importante señalar que la imagen de la casa no siempre tiene la misma carga simbólica, por lo que en algunos poemas aparece sólo como referencia, mientras que en otros se eleva de manera vertical para significar, representar y alcanzar ese estado fenomenológico en que la imagen en su *psique* ya no es la del poeta, sino la de todos.

<sup>2</sup> *Loc. lat.* Que significa literalmente 'rara ave, ave extraña' y se emplea con el sentido de 'persona o cosa excepcional o difícil de encontrar'. <http://lema.rae.es/dpd/srv/search?key=rara%20avis>

<sup>3</sup> Ferrari, Américo. "Eugenio Montejo y el alfabeto del mundo". En *Alfabeto del mundo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1988, p. 14.

<sup>4</sup> Explicado en algún momento por el propio Eugenio Montejo, el vocablo *Terredad* alude al milagro de haber estado en esta Tierra y lo que el hombre deja a su paso, y también alude a todo lo que pertenece a la Tierra, y que permanece por sus raíces, después de que el hombre ya no está.

<sup>5</sup> Sin embargo, para construir un universo simbólico, como lo señala López Jimeno [1999], "no basta utilizar unas cuantas imágenes, sino que, [...] éstas deben cumplir tres requisitos imprescindibles: universalidad, identidad e inmediatez", como sucede en Montejo, donde su casa, la casa que describe el poeta, ya no solo es su casa, es la casa de todos, porque uno se apropia de ella, y es esta la universalidad de la imagen de la casa en Montejo; mientras que la identidad está en la identificación del poeta para con su casa y en que todos nos identificamos con ella, porque también es nuestra identidad, la llevamos con nosotros, es parte de nosotros; y la inmediatez se da en el momento preciso, en aquello o aquella imagen que nos llega al pensarla, recordarla o soñarla, en su inmediatez está toda esa carga afectiva y emocional.

## La casa y su imagen en Montejo

De acuerdo con todo lo anterior, podemos comenzar con nuestra interpretación y análisis, y decir entonces que, prácticamente nacemos en la casa, la casa es nuestra cuna y son sus paredes lo primero que ven nuestros ojos de recién nacidos. En la casa están los que nos quieren, a los que queremos, en ella tenemos y encontramos un cálido recibimiento, a veces, una cálida despedida. De la casa parte uno hacia el todo, hacia el mundo y en ella tenemos cuanto necesitamos para regresar. La casa siempre nos pareció tan grande que es nuestro primer universo, nuestro cosmos. Y aunque cerremos la puerta al partir, siempre encontraremos la posibilidad de volver a abrirla a nuestro regreso.

En la casa nos formamos y también, nos transformamos, en ella o, mejor dicho, de ella surgen los cambios. En la casa habitan seres que conviven con nosotros y también los que ya no están y todo es como alguna vez estuvo. Y es nuestra memoria la que nos permite regresar una y otra vez, en una especie de eterno retorno. Es la memoria y también el trabajo de la imaginación lo que nos permite volver a la imagen de la casa; memoria e imaginación son inseparables para estos trabajos de la psicología del recuerdo y de la fenomenología poética que la produce.

En esta región lejana, memoria e imaginación no permiten que se les disocie. Una y otra trabajan en su profundización mutua. Una y otra constituyen, en el orden de los valores, una comunidad del recuerdo y de la imagen. (Bachelard, 2000a, p. 29).

De esta manera, hay una comulgación del recuerdo y la imagen, es decir; son uno: lo que uno recuerda es la imagen y la imagen regresa una y otra vez en forma de recuerdo y se instala donde siempre ha estado, en el rincón de la memoria. Así, en un solo verso del poema *Setiembre* del libro *Terredad* de Montejo vemos esta comunión.

La casa fue derrumbada, no su recuerdo.<sup>6</sup>

En este verso, vemos cómo la memoria hace su trabajo de recuperación y Montejo es claro al decir que podrán derrumbar la casa, el edificio, las paredes, toda la parte física concreta, mas no su recuerdo, porque esta imagen va dentro, en lo más profundo del ser, y por no fuera, donde las cosas son más frágiles y porque, siguiendo con Bachelard, nunca serán lo mismo los recuerdos del mundo exterior que los recuerdos de la casa, por más que se viva empíricamente y se ande uno por el mundo. Nunca los espacios exteriores tendrán el mismo valor y sentimiento que los espacios de la casa, porque la casa es y siempre será el primer mundo del ser humano y seguirá viva en el recuerdo. "Los recuerdos del mundo exterior no tendrán nunca la misma tonalidad que los recuerdos de la casa. Evocando los recuerdos de la casa, sumamos valores de sueño" (Bachelard, 2000a, p. 29) y es que "la casa ya es un espacio cualitativamente distinto al resto del mundo" (Rodríguez Fernández, 1971, p. 225).

<sup>6</sup> Montejo, E. (2005). *Alfabeto del mundo*. México: Fondo de Cultura Económica, p. 113.

Por hoy mi casa gira en otro tiempo;  
llegan desde sus soledades los ausentes  
a reunirse en el salón, cerca del patio.

...

Cada quien regresó a su propia noche  
cabalgando despacio hasta no verse.  
La casa mudó tanto de seres y paisajes  
que si volvieran ya a nadie reconocen.<sup>7</sup>

Así como en este poema *Ida y vuelta* de Eugenio Montejo, donde sus muertos regresan a la casa y luego desaparecen cabalgando despacio hasta no verse, la casa está en los recuerdos y en la psicología de lo que somos, pero es el poema, más que en el recuerdo, donde llegamos al fondo poético del espacio de la casa. En el poema la imagen de la casa nos conmueve con una profundidad inesperada, pues la forma en que se presenta la imagen de la casa en el poema no va sola, sino que va rodeada con toda su psique. Al momento de estar la casa en el poema y al momento de leer su palabra, produce en nosotros una transgresión del tiempo y un detenimiento de la lectura para asimilar el golpe memorial; el golpe de los años que se juntan en un instante y en un solo espacio: el de la hoja blanca y el de la memoria, donde se produce la chispa del fenómeno psíquico.

Por eso dice Bachelard que: “en los poemas, tal vez más que en los recuerdos, llegamos al fondo poético del espacio de la casa”. De acuerdo con esto, escribe Montejo en el poema *Una casa*:

Una vez había  
una casa en la tierra,

llena de noche dentro  
y por fuera de nubes.

...

Y sobre su techumbre  
las músicas errantes,  
la compasiva melodía  
de las estrellas.

...

La casa era en la tierra,  
la tierra en la Vía Láctea  
y el tiempo en el espacio  
o viceversa.

Al fondo de sus muros  
solo un grito de gallo  
resonaba en las cosas  
cuando ya nadie era nadie.<sup>8</sup>

Así pues, una y otra vez, como el poeta venezolano, regresamos a la casa, a ese rincón del universo que nos protege de las tormentas del cielo y de las tormentas de la vida (Bachelard, 2000a, p. 30). El ensueño de la casa se vuelve todo espacio, y el tiempo ya no ejerce su presión sobre la memoria (porque es transgredido), pasa de pronto a segundo término porque: “la memoria no registra la duración concreta [...] es en el espacio donde encontramos esos bellos fósiles de duración” (Bachelard, 2000a, p. 31), y en éste poema Montejo no sólo evoca la casa, sino que la eleva por encima de la tierra, por encima de todo tiempo y espacio, porque como señala Bachelard, aquí no hay duración concreta, porque la memoria y la ensoñación lo superan, y el trabajo fenomenológico lo describe y lo hace posible en el poema.

<sup>7</sup> Montejo, E. (2005). *Alfabeto del mundo*. México: Fondo de Cultura Económica, p. 227.

<sup>8</sup> Montejo, E. (2005). *Alfabeto del mundo*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 194-195.

Ahora bien, en el poema *Sobremesa*, leemos:

A tuestas, al fondo de la niebla  
que cae de los remotos días,  
volvemos a sentarnos  
y hablamos ya sin vernos.

Sobre la mesa vuelve el aire  
y el sueño atrae a los ausentes.

Rectas sillas vacías  
aguardan a quienes, desde lejos,  
retornarán más tarde. Comenzamos a  
hablar  
sin vernos y sin tiempo.

A tuestas, en la vaharada  
que crece y nos envuelve,  
charlamos horas sin saber  
quién vive todavía, quién está muerto.<sup>9</sup>

Otra vez, en este poema de *Sobremesa* la casa se eleva por encima de todo, fuera y por encima de lo temporal, y esto hace posible que el poeta hable con los suyos sin necesidad de verse físicamente, mientras que el sueño atrae a esos mismos ausentes, cruzando esa delgada línea donde no se sabe quién está vivo y quien está muerto.

Lo curioso y extraño aquí, es que, a pesar de todo lo anterior; la casa producida por el recuerdo y por el sueño, no admiten una descripción en su totalidad, por lo que siempre quedan abiertas e incompletas las imágenes, lo que nos permite completarlas y lo que nos permite que esa casa de la que se habla sea la de

todos. "Las verdaderas casas del recuerdo, las casas donde vuelven a conducirnos nuestros sueños, las casas enriquecidas por un onirismo fiel, se resisten a toda descripción" (Bachelard, 2000a, p. 34).

Por ello que el lector, en quien se reproduce y produce la imagen, no lea ya nuestra casa (o la casa del poeta), sino que vuelva a ver la suya, esto debido a los valores de intimidad y al evento fenomenológico de la imagen que lo hace posible.

Es cierto pues que recordamos la casa y que al recordarla regresamos a ella, sin embargo, toda su potencia psíquica la encontramos sólo en los sueños, ya que la casa natal más que un cuerpo de vivienda, es un cuerpo de sueño, donde éste resulta más poderoso que el mismo pensamiento sobre el cual aparentemente sí tenemos control.

El sueño es más poderoso que los pensamientos. Son las potencias del inconsciente quienes fijan los recuerdos más lejanos... Es en el plano del ensueño, y no en el plano de los hechos, donde la infancia sigue en nosotros viva y poéticamente útil. Por esta infancia permanente conservamos la poesía del pasado. (Bachelard, 2000a, p. 37).

Es, como lo asevera Rodríguez Fernández (1971), el yo poético el que atrae desde el pasado el conjunto de imágenes motivadoras que constituyen la casa de la infancia.

Tan altos son los edificios  
que ya no se ve nada de mi infancia.  
Perdí mi patio con sus lentas nubes  
donde la luz dejó plumas de ibis,

<sup>9</sup> Montejo, E. (2005). *Alfabeto del mundo*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 56-57.

egipcias claridades,  
perdí mi nombre y el sueño de mi casa.<sup>10</sup>

En este poema de *Caracas* vemos enlazados esos dos elementos de los que habla Bachelard, es decir, la infancia y la casa; aquí están los dos, porque los dos tienen el mismo origen en el poeta y en el poema: el ensueño, plano donde se hacen posibles los recuerdos más lejanos y donde se produce la poética del pasado.

Así pues, siguiendo con el filósofo francés y con el poeta venezolano, habitar oníricamente la casa natal, es más que habitarla por el recuerdo, y al habitarla de esta manera, la casa es imaginada o soñada como un ser vertical, porque se eleva por encima de todo lo demás; y es también imaginada como un ser concentrado, porque de ella parte todo, es el punto central. De esta forma, la casa adquiere su carácter cósmico puesto que: "nos aparece como una planta de piedra que crece desde la roca hasta el azul de una torre" (Bachelard, 2000a, p. 37), y es además el lugar a donde el hombre vuelve para recuperar lo primitivo, donde ha dejado sus años y sus antepasados, y por donde pasarán siglos, porque el hombre sin pasado es nada.

En el poema *En los bosques de mi antigua casa*, aparecen, en su morada, de nuevo, los antepasados del poeta a quienes escucha a través de cierta música, porque ya no están.

En los bosques de mi antigua casa  
oigo el jazz de los muertos.

Cae luz entre las piedras y se dobla  
la sombra de mi vida en un reposo táctil.

Cuando recorra todo llamaré ya sin nadie.  
Los muertos andan bajo tierra a caballo.<sup>11</sup>

Las verdaderas imágenes son grabados, dice Bachelard, porque la imaginación las graba en nuestra memoria, y es solo el tiempo y a través del tiempo que se van tallando a marro y cincel sobre la piedra de nuestra memoria; con todo y su historia y prehistoria, que deben tener las grandes imágenes; "son siempre a un tiempo recuerdo y leyenda", señala el filósofo francés.

### La luz de la casa y el cuerpo de la mujer

Ahora bien, de la imagen de la casa soñada y recordada, nos adentramos por el mismo medio a su interior, para descubrir otro elemento, un elemento sin el cual la casa no tiene vida y que también es un símbolo universal: la luz, la luz que representa el fuego<sup>12</sup>, como la luz del poema *La casa encendida* de Luis Rosales.

Has llegado a tu casa,  
y, al entrar,  
has sentido la extrañeza de tus pasos  
que estaban ya sonando en el pasillo  
antes de que llegaras,  
y encendiste la luz para volver a comprobar  
que todas las cosas están exactamente

<sup>10</sup> Montejo, E. (2005). *Alfabeto del mundo*. México: Fondo de Cultura Económica, p. 141.

<sup>11</sup> Montejo, E. (2005). *Alfabeto del mundo*. México: Fondo de Cultura Económica, p. 48.

<sup>12</sup> Desde Heráclito, el fuego es el símbolo de la vida. Ver *Diccionario de símbolos*, p. 209.



colocadas como estarán dentro de un año [...]<sup>13</sup>

Solo por la luz la casa es humana y está viva, y la misma lámpara fue siempre el signo de una gran espera, de aquél que regresaría algún día no físicamente, sino en su ensueño y memoria.

La luz de la lámpara y su llama simbolizan la guía, el faro, el calor y al hombre que vela; como la luz que se enciende en nuestro interior al recordar la casa, la que se produce en el poema, la que se produce al interior del sueño. Siempre es una luz que va de dentro hacia fuera, porque es la misma que simboliza a la memoria y la imaginación. La luz descubre, nos permite ver las cosas y señala un camino.

En el reino de la imaginación la lámpara no se enciende jamás fuera. Es una luz encerrada que sólo puede filtrarse al exterior (Bachelard, 2000a, p. 50).

No es sueño esa hora extática  
donde me veo ir de tu mano  
a través de los árboles quietos  
de la casa sin nadie

... Uno de ambos  
está soñando al otro,  
pero en la luz que mezcla el tiempo  
nos vemos y nos basta.<sup>14</sup>

En este poema *Dos llamas*, donde de nuevo está presente el tema del sueño, es gracias a la luz interior del sueño, que se

mezcla con el tiempo, porque de hecho la luz es medida de tiempo, que se ven uno al otro, dice Montejo, en la casa ya sin nadie. Aquí entra el tema del amor, donde ya no sólo es la casa, sino también el cuerpo de la mujer como casa, como apreciamos en este otro poema *La durmiente* donde se consolida esta analogía poética... esta metáfora.

Su cuerpo está conmigo pero adentro no hay nadie,  
es una casa sola,  
una casa olvidada, desierta,  
y no obstante en el fondo, si me asomo,  
una llama dorada titila  
y nunca se apaga.<sup>15</sup>

Aunque la casa, el cuerpo de la mujer, esté sola, desierta, dice Montejo, no obstante, en el fondo, si se asoma, hay una llama que nunca se apaga, que es la llama del amor, de la memoria, del recuerdo, del deseo, la imagen de la propia casa que siempre titila, es decir; que vuelve una y otra vez.

Eugenio Montejo confirma en el poema *La casa* que es en la mujer donde se construye la casa, ahí en lo profundo de su cuerpo, al fondo, nos espera. En este caso es el cuerpo de la mujer amada, de la mujer deseada, donde se busca el refugio.

En la mujer, en lo profundo de su cuerpo  
se construye la casa,  
entre murmullos y silencios.

...

Al fondo de su cuerpo la casa nos espera.<sup>16</sup>

<sup>13</sup> Rosales, L. (2011). *La casa encendida*. Disponible en <http://micasaesmimundo.blogspot.mx/2011/07/luis-rosales-la-casa-encendida.html>

<sup>14</sup> Montejo, E. (2005). *Alfabeto del mundo*. México: Fondo de Cultura Económica, p. 58.

<sup>15</sup> Montejo, E. (2005). *Alfabeto del mundo*. México: Fondo de Cultura Económica, p. 183

<sup>16</sup> Montejo, E. (2005). *Alfabeto del mundo*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 120-121.

Así, Montejo, conocedor de las creencias budistas y orientales<sup>37</sup>, sabe que el budismo relaciona la casa con el cuerpo humano y Bachelard refuerza esta concepción al señalar que: "la casa adquiere las energías físicas y morales de un cuerpo humano" (1965, p. 83).

Pero no sólo es en el cuerpo de la amante que se hace la analogía, la metáfora, también sucede con el cuerpo de la madre, por la seguridad que ésta brinda, como la casa que es. "La casa es también un símbolo femenino, con un marcado sentido de refugio y protección en el seno materno" (López Jimeno, 1999, p. 317). Veamos para esto el poema *Oscura madre de mis élegos*.

Oscura madre de mis élegos,  
tú que gravitas, tú que antecedes,  
calma central en el vacío de la casa.<sup>38</sup>

Coincidimos con López Jimeno en que la casa, cuando es idealizada por el filtro de la memoria, está estrechamente vinculada a la figura materna, de indudable carga afectiva y, por consiguiente, simbólica (1999, p. 317). En esta casa, la mujer, la madre, que está antes que todo, porque de ella venimos y hacia ella volvemos, y porque es creadora de vida, es y será siempre la calma en ese vacío que a veces encontramos en la casa, porque su imagen gravita (está por encima de todo) como la imagen de la casa; no existe casa sin su presencia materna. Estas son pues dos imágenes arquetípicas: la madre y la casa.

## Conclusiones

Es indudable que, para la mayoría de nosotros, como para el poeta, la casa, la imagen de la casa, es una referencia vital y emocional de primera magnitud, puesto que evoca seguridad, calor, protección e identidad. Es el origen y el refugio al que siempre se puede retornar y "en un somero análisis psicológico, el símbolo de la casa parece reflejar el interior de la persona" (López Jimeno, 1999, p. 317).

Si bien cada casa es única y distinta a cualquier otra, y como bien lo señala López Jimeno (1999) refleja mejor que nada la personalidad de su inquilino y cómo éste la recuerda, también es cierto que a través del acto fenomenológico que se logra en el poema, por esa elevación psicológica y semántica, cada casa es única y universal, nos apropiamos de ella y deja de ser sólo la casa del poeta; esto también es trabajo, como lo señala Bachelard, de la ensoñación y del recuerdo.

En Eugenio Montejo la imagen de la casa aparece siempre como un deseo de retorno, de comunicación, de diálogo, de espacio siempre habitado por la infancia, por la familia y por los ausentes; al mismo tiempo representa lo enraizado en la tierra, con sus raíces inquebrantables que la enlazan con el cosmos.

Dado todos estos elementos podemos concluir que, la casa, su imagen, su evocación, su vínculo con la tierra, simboliza en la poesía de Eugenio Montejo la permanencia<sup>39</sup>, y junto con las demás fi-

<sup>37</sup> Como Octavio Paz en *La llama doble*.

<sup>38</sup> Montejo, E. (2005). *Alfabeto del mundo*. México: Fondo de Cultura Económica, p. 49.

<sup>39</sup> A decir de lo que permanece, esa misma permanencia de la que habla Heidegger en su texto *Hölderlin y la esencia de la poesía*, donde señala que "la constancia y la permanencia sólo aparecen cuando lucen la persistencia y la actualidad. Pero

guras recurrentes en su obra, que no analizamos aquí, configura y es parte de su poética de la *Terredad*, que es, como el mismo poeta lo señala, el milagro de haber estado en la tierra y lo que el hombre deja a su paso. Como bien lo indica Jorge Ramírez, en su ensayo *La habitación de Eugenio Montejo*, “es bastante claro que existe en la voz poética una conciencia para buscar, en el alfabeto del mundo, la esencia vital que triunfa sobre lo efímero...” (2013, p.39).<sup>20</sup>

Termino citando las palabras de Américo Ferrari al referirse a la casa evocada por Eugenio Montejo, como decía Guillermo Sucre, a ese centro al que siempre vuelve la poesía de Montejo:

...la memoria lo refiere todo a una experiencia singular e intransferible, la memoria fusiona los planos del tiempo, pasado y presente, de la existencia, vida y muerte, pero también del espacio físico:

---

esto sucede en el momento en que se abre el tiempo en su extensión. Hasta que el hombre se sitúa en la actualidad de una permanencia, puede por primera vez exponerse a lo mudable, a lo que viene y a lo que va; porque sólo lo persistente es mudable” (Heidegger 1992: 137). Esto sin duda nos ayuda a justificar y entender el porqué de la siempre actualidad de la imagen de la casa en la poesía de Eugenio Montejo. El mismo Hölderlin escribió que: “Lo permanente lo fundan los poetas”. Además, como lo señala Portuondo: “Afirmado en lo permanente el hombre puede afrontar lo variable, cambiante y mutable...” (En Portuondo, 1974, p. 108).

<sup>20</sup>...la suya es una poesía de la conciencia de lo efímero, de la desposesión, de la nostalgia de un pasado personal que lo lleva a la búsqueda de sus primeras fuentes”. (Mora, 2008) Y para María del Rosario Chacón Ortega (2000) en la poesía de Montejo el poema “se construye como una casa donde habita el ser. De esta manera, el poema tendrá resistencia ante el tiempo y la muerte porque será permanente...”.

un rincón de Venezuela con un entorno de bosques tropicales... (1988, p. 16).

## Bibliografía

- Bachelard, G. (1965). *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bachelard, G. (2000). *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ferrari, A. (1988). “Eugenio Montejo y el alfabeto del mundo”, en *Alfabeto del mundo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Heidegger, M. (1992). *Arte y poesía*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Montejo, E. (1988). *Alfabeto del mundo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Montejo, E. (2005). *Alfabeto del mundo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Portuondo, J. A. (1974). *Concepto de la poesía y otros ensayos*. México: Grijalbo.

## Hemerografía

- Ramírez, J. (2013). “La habitación de Eugenio Montejo”, en *Revista Valenciana. Estudios de Filosofía y Letras*.
- Rodríguez Fernández, M. (1971). “La búsqueda del espacio feliz: la imagen de la casa en la poesía de Pablo Neruda”, en *Anales de la Universidad de Chile*, Año CXXIX, núm. 157-160.

## Cibergrafía

- Chacón Ortega, M. del R. (2000). "Eugenio Montejo: La magia del alfabeto más allá del horizonte de la página", *Espéculo. Revista de estudios literarios*. Universidad Complutense de Madrid. Disponible en <http://www.ucm.es/info/especulo/numero15/montejo.html>
- López Jimeno, A. (1999). "El símbolo de la casa en la poesía de Yorgos Seferis", *Espéculo. Revista de estudios literarios*. Universidad Complutense de Madrid. Disponible en <http://www.ucm.es/info/especulo/numero15/montejo.html>
- Mora, P. (Agosto, 1998). *Acto de Fe*. VI Encuentro de Escritores Colombo-Venezolanos. Cúcuta. Disponible en <http://www.ucm.es/info/especulo/numero10/poesiasa2.html>
- Mora, P. (2008). "Eugenio Montejo, luminoso y cósmico", *Espéculo. Revista de estudios literarios*. Universidad Complutense de Madrid. Disponible en <http://www.ucm.es/info/especulo/numero39/emontejo.html>
- Real Academia Española. (2005). *Diccionario panhispánico de dudas*. Disponible en <http://lema.rae.es/dpd/srv/search?key=rara%20avis>
- Rosales, L. (2011). *La casa encendida*. Disponible en <http://micasaesmimundo.blogspot.mx/2011/07/luis-rosales-la-casa-encendida.html>